

Lecciones de La PASIÓN

POCOS DÍAS DESPUÉS DEL ESTRENO EN ESTADOS Unidos de *La Pasión de Cristo*, copias de la película comenzaron a ser presentadas en numerosos templos católicos de Cuba. No sabemos de dónde llegaron, pero la aparición esporádica de alguna oscura silueta sobre la imagen de los actores delataba que la copia era “extraña”. Es de suponer que a la distribuidora no le agrada este hecho, pero tal vez el director, Mel Gibson, lo pueda entender si supiera que las posibilidades de los cristianos en Cuba para ver la película, distantes de la órbita fílmica internacional, son de momento cero. Conste además, y esto es importante, que no se han obtenido beneficios económicos por presentar *La Pasión de Cristo*, pero sí espirituales.

Ya bastante se ha hablado –al menos fuera de Cuba– sobre el polémico film y su director. Antes de haberse estrenado, la película ya había sido acusada de antisemita, violenta y oportunista. Después del estreno sus críticos continuaron con las arremetidas, pero con nuevos añadidos. La muerte de la norteamericana Peggy Scott durante la presentación del film en un cine de Kansas, el mismo día de su estreno, dio oportunidad para los dardos. Según algunos psiquiatras de Estados Unidos –pocos han hablado–, las sangrientas escenas podrían provocar en los espectadores severos y duraderos problemas emocionales, pesadillas, estrés postraumático (como los provocados por la guerra) y hasta la muerte. Pero nadie puede afirmar que el triste fallecimiento de la señora Scott aquel Miércoles de Ceniza fue provocado por la película. Hay personas que mueren durante el sueño.

Ha habido también casos positivos como resultado del arrepentimiento y la aceptación de la culpa o responsabilidad, como el del joven de Texas de 21 años que, después de ver la película y consultar con un asesor espiritual decidió presentarse a las autoridades para confesar que él había asesinado a su novia meses atrás; o el del otro sujeto en Arizona que confesó varios robos después de asistir a una proyección con su madre. El último caso conocido fue el de un ex neonazi noruego que se entregó a las autoridades y confesó su participación en dos atentados dinamiteros contra la sede central de un grupo izquierdista en el centro de Oslo, aunque eso fue en 1994 y 1995 y nadie resultó herido. No conozco opiniones de siquiatras sobre esto.

La Pasión de Cristo había sido clasificada R (restringida), algo que evitan los que buscan lograr recaudaciones

millonarias, y por demás inusual en una obra de contenido religioso y cristiano. Mel Gibson advirtió de ello en una entrevista concedida a la cadena de televisión ABC: “Es mi versión de lo que pasó, de acuerdo con los Evangelios...[el film] es muy violento, y si no te gusta no vayas a verlo. Es así. Si quieres irte a la mitad, adelante...no hay nada que te diga que debes estar ahí”. ¿Por qué?, él mismo aclara: “Yo quería que fuera impactante y quería que fuera extrema. Quería que empujara al espectador hasta el límite...De esa manera se ve la enormidad del sacrificio; para ver que alguien puede soportar eso y aún así volver con amor y perdón, incluso a través de un dolor extremo, y sufriendo y soportando la burla”.

Si alguien puede tener pesadillas por ver esta película, tal vez se deba a la incompreensión del acontecimiento mismo de *la pasión de Jesús*, a un desajuste psicológico o problemas de conciencia. La humillación hasta la muerte del Dios encarnado tal como la narran los evangelistas, ¿puede haber ocurrido de modo muy distinto al que nos presenta la película? Cuando leemos los pasajes bíblicos no es fácil comprender toda la magnitud de los acontecimientos, recrearlos mediante imágenes y efectos especiales hiperreales es algo muy distinto.

Sobre la brutalidad manifiesta de los soldados romanos –similar a la de cualquier otro triunfador militar de la época–, especialmente contra un condenado no romano, hay muchos libros donde consultar. En cuanto a la actitud del Sanedrín o tribunal de los maestros de la Ley hebrea, un periodista judío, David Klinghoffer, escribió el pasado enero en el periódico *The Vancouver Sun* que “la suerte de Jesús estaba por completo en manos del tribunal judío” y “si Gibson es antisemita, también lo es el Talmud y el mayor sabio judío de los últimos mil años: Maimónides”. Klinghoffer añade que Maimónides (Córdoba 1135-El Cairo 1204), recoge en su *Repetición de la Ley - Mishne Toráh-* (1180) estos hechos, y en su *Epístola a Yemen*, expone que “Jesús de Nazaret (...) interpretó la Toráh y sus preceptos de un modo que conduciría a la anulación radical de la ley judía. Los sabios, de bendita memoria, habiéndose dado cuenta de sus planes, le impusieron una pena antes de que su fama se extendiera entre nuestra gente.”

Los cristianos celebramos cada año estos terribles –pasión y muerte– y gloriosos –resurrección– acontecimientos. Durante las celebraciones, representaciones y reflexiones

de Semana Santa renovamos aquel hecho que es fundamento de nuestra fe, y no por ello despreciamos hoy a los judíos –nuestros hermanos mayores en la fe, según Juan Pablo II– o levantamos campañas contra los romanos y su descendencia. Y sobre los actos antijudíos cometidos en el pasado en nombre de Cristo la Iglesia se ha pronunciado.

Pero lo que posiblemente se esconde detrás de los ataques a la obra realizada, sea la molestia por la decisión de su director de romper *las reglas* para dar testimonio de su fe. Desde hace mucho tiempo Hollywood no mostraba interés en el tema. Las banales y ligeras propuestas cinematográficas de los últimos años –siempre hay excepciones–, al igual que muchas propuestas musicales o literarias, han (des)nutrido a generaciones que parecieran no querer pensar o comprometerse demasiado. Mel Gibson es una estrella productiva del cine, como lo evidencian varios *Mad Max* o la también violentísima *Braveheart*, que no fue tan atacada por sus excesos de sangre. Pero cuando este realizador y actor taquillero, católico y muy conservador, decidió dar testimonio de su fe allí dónde trabaja, las cosas cambiaron y se produjo –una vez más– la confrontación que ya había sido anunciada hace casi dos mil años.

Esta es, a mi entender, una de las mejores lecciones que nos ofrece Mel Gibson con su obra. Él sabía que sería atacado y asumió con independencia la realización de su obra, él desembolsó 25 millones de dólares para producirla, él conformó un equipo de trabajo al que no dejó de advertir del riesgo que podrían correr en sus carreras futuras por asumir un proyecto que no tenía la bendición de los *big shots* del cine, él aceptó desde el inicio la posibilidad de que tal vez un puñado de cristianos fueran los únicos en acoger su obra, él comenzó su película sabiendo que ninguna gran distribuidora se comprometería. Pero, por sobre todo, él estaba convencido que tenía que hablar de aquello que ha sido fundamental en su vida a través del único medio que domina, el cine, y lo hizo y nos dejó un magnífico regalo sobre la Verdad que Pilatos no supo ver.

Claro que la industria cinematográfica de Hollywood y de otros países posiblemente vea hoy las cosas de modo distinto. La película ha sido un éxito en taquilla. Al cierre de Semana Santa había recaudado sólo en Estados Unidos y Canadá 365 millones de dólares, ¿por qué no continuar la senda? También Mel Gibson y su equipo se beneficiarán con parte de estos ingresos, y no está mal tener éxito en el trabajo.

Pero el mérito es de Gibson, quien arriesgó mucho sin conocer de antemano si su obra sería bien acogida o no, y de los que se le unieron en el empeño. Cuando vemos la película no podemos imaginar todo lo que se vivió detrás de ella, pero el espectador con un mínimo de sensibilidad artística puede comprender que más que una película, lo que se presenta a sus sentidos es una oración expresada en lenguaje cinematográfico. Esa convicción de fe, ese comprender que los riesgos se convierten en seguridades cuando se trata de hablar de Dios aunque se contradigan los códigos de este mundo, animó también a los

primeros cristianos a anunciar a Jesucristo aunque ello significara la muerte. Y así ha ocurrido durante veinte siglos, hasta hoy. Y si no es la muerte puede ser la burla, la difamación o el ataque por cualquier medio.

Entonces, ¿existe algún lugar más difícil que otro para vivir la fe cristiana? No lo creo. Ciertamente que algunos han padecido más que otros, pero después de la Pasión de Jesucristo las diferencias en los maltratos quedan supeditadas por la certeza de que en ese acto de entrega Dios venció definitivamente el sufrimiento y la muerte.

Lo que cuenta es ser consecuentes con la fe que profesamos y con la Verdad que hemos aceptado, lo que será posible únicamente si hemos aprendido la lección. Antes que el sufrimiento físico, el tormento mayor para el cristiano debería ser la negación de Cristo, el darnos cuenta que no hemos hecho lo que debimos hacer para presentarlo a Él, por nuestra palabra o por nuestras obras, allí dónde vivimos.

Es esto lo que hizo posible que Mel Gibson, con esta película, se haya desprendido del tormento de Hollywood, la llamada “Ciudad del pecado” en la que –según sus palabras– “estaba sumergido hasta las orejas”: “Descubrí que para sanar las heridas de mi vida debía observar las heridas de Cristo y por ende la Pasión. Esto me generó mucha curiosidad y empecé a leer mucho sobre el tema por doce años hasta que llegó un punto en el que dije ‘tengo que poner esto en una película’, porque creo que es nuestro deber profesar, enseñar y dejar que Cristo hable en nuestras vidas según nuestro propio quehacer. Y yo no soy un predicador, no soy un sacerdote... pero soy un cineasta.” No menos válida es la lección del actor Jim Caviezel que representó a Cristo: “Cuando me preguntan si yo me considero un modelo para los demás, jamás contesto como otros colegas de Hollywood que dicen ‘yo no soy ningún modelo’. ¡Yo sí soy un modelo! ¡Todos los católicos somos un modelo y debemos vivir testimoniando a Jesús, mostrando nuestra fe en la vida pública!”

El cristianismo, desafiando la lógica de este mundo, suele ir cuesta arriba, desde aquella subida al monte Calvario, y sólo el amor lo impulsa y salva todo. Una de las escenas más conmovedoras de la película sirve también para resumir todo el mensaje cristiano: cuando Jesús cae una vez más y María logra acercarse a él, sabiendo que todo aquello habría de suceder, sólo le dice “Estoy aquí”; la respuesta de Jesús, que Gibson toma del libro del Apocalipsis (21,5) es la que resulta inesperada de alguien que es llevado a la muerte, la que rompe para siempre toda lógica humana y revela el sentido cabal de la Pasión: “Mira madre, Yo hago nuevas todas las cosas”.

Esa es la lección principal. Todos tenemos que “subir” en algún momento a *nuestro monte Calvario*, da igual si vivimos en Hollywood o Lagos, Roma o La Habana. Y de allí se regresa, porque quien carga su cruz por ese Amor regresa siempre triunfante en ese Amor que todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta. Ω